XXI

La mancha roja.

Eran las dos de la tarde.

Los preparativos del encuentro no habian sido largos.

Rubol habia ido á buscar á uno de sus compatriotas, que era vecino de la Sobajere, y le habia llevado en el coche que condujo al marqués de Bordes y á sus compañeros desde la estación á la casa del capitán.

Aquel aldeano, antiguo zuavo como el ayuda de cámara del marqués, no pidió explicaciones.

¿Querían batirse? Bueno; pues que se batieran.

El buen hombre hallaba aquel deseo muy natural; también él lo habia hecho más de una vez.

Sirvió de testigo con el barón Panel al dueño de la Sobajere, y no puso ninguna dificultad á las condiciones del duelo.

Rubol y el teniente de Kerdaniel eran los encargados de apadrinar al marqués de Bordes.

Era imposible pensar en una conciliación.

No quedaba más remedio que aceptar las condiciones del duelo.

Pronto quedaron convenidas.

Además el marqués de Bordes habia dado una consigna muy sencilla á sus testigos:

—Lo que quieran se acepta.

Mientras que se arreglaban las condiciones de la lucha, se dirigió á la Roca, que no conocía, y cuyo aspecto singular y raro nombre le chocaban como de mal agüero.

Allí llegaba, siguiendo un sendero á cuyos lados crecían abedules y álamos que le protegian con sus ramas, cuando fué alcanzado por el teniente de Kerdaniel.

—¿Qué, está ya?—preguntó.

El oficial contestó:

—Todo está arreglado. Cambio de dos balas á veinte pasos de distancia; tiro á discreción.

—Está bien

—Dentro de media hora.

—¿Dónde está Rubol?

—Acaba de separarse de nosotros; dentro de breves momentos estará en la Roca.

Los dos hombres continuaron juntos el paseo que el marqués habia empezado solo.

—¡Qué cosa más rara es la vida!—dijo.—¡Quién me hubiera dicho que al venir á traer aquí una hija á su madre iba á encontrarme con un marido que me pidiese cuentas por una calaverada cometida hace veinte años!

Se encogió de hombros, sacó de la petaca dos cigarros y ofreció uno á su testigo.

Lo encendió tranquilamente y prosiguió diciendo:

—Este duelo me recuerda por sus trágicas circunstancias la aventura ocurrida á mi pobre amigo el conde de Busey en este mismo país, que por lo agreste y salvaje tanto se presta á todo lo novelesco. Os lo contaré por el camino, mi querido teniente. Era entonces muy joven y siempre que he pensado en aquel lance me he extremecido... Brr... Aquel duelo de noche, en una habitacion, con los testigos alinea-

dos alrededor de las paredes y los criados que miraban por las rendijas de las puertas. Las cuarenta bugias de la araña encendidas para iluminar la escena; los dos adversarios en man gas de camisa y en seguida... trac... una espada tan rápida como un relámpago... un chorro de sangre tiñendo la camisa... un cadáver en el suelo. Todo se habia acabado... aquella escena no se puede olvidar, amigo mío.

Tiró el cigarrillo que se habia apagado y dijo:

Debe ser muy bueno y á mí me parece pésimo. ¿Y el vuestro, Kerdaniel?

—Es magnífico.

—Es que no tengo buen paladar. Probemos otro. Batirse hoy á unos cuantos pasos del lecho de muerte de esa desgraciada que acaba de expirar á nuestra vista y en el mismo sitio donde se ha dado la muerte. Os aseguro que esto me produce una impresion muy rara.

Y pensando en su adversario, miró la roca cuya amenazadora silueta se levantaba por encima de ellos y murmuró:

—¡Qué hombre y qué pais! Odios de veinte años en cabezas de piedra; bosques sin fin y montañas que se parecen á las ruinas de antiguos castillos que sirven de guarida á las aves nocturnas. ¿Qué decis de mis observaciones?

El oficial no contestó.

Mucho podía decir; pero no quería hablar.

Todo aquello le parecía lúgubre, inquietante y fúnebre.

El bretón hubiese querido que la hora hubiese pasado y que el duelo hubiese tenido lugar sin que hubiese habido efusión de sangre.

La conversación fué interrumpida por la llegada de Rubol, al cual preguntó su amo:

—¿De dónde vienes?

Tampoco podía contestar francamente. El pobre hombre estaba asustado.

Había ido á buscar á su primo Juan Redon y le habia encontrado.

Entre ellos habia habido una conversación conmovedora.

El encuentro habia tenido lugar en una calle de árboles á algunos pasos de allí.

Rubol, con lágrimas en los ojos, habia tratado de enternecer á aquel feroz Redon que le escuchaba en silencio.

Le habia dicho que ya habian ocurrido demasiadas desgracias en la familia. Que la desgraciada condesa de Busey habia muerto. Que sus hijas se desesperarian fuesen cuales fuesen los resultados de aquel duelo. Que el tiempo habia debido calmar unos resentimientos tan antiguos. Por fin le dijo todo cuanto le dictaba el cariño que profesaba á su amo y cuanto le sugería el afecto que profesaba á su amo.

Juan Redon se contentó con encogerse de hombros, contestando con la risa de un loco:

—El vino ya está fuera de la cuba, hay que beberlo...

Rubol no pudo obtener nada de él.

Esto no se lo podía decir al marqués de Bordes porque le hubiese regañado severamente.

Los dos primos se habian separado.

Rubol fué á buscar á su amo que era en aquellos momentos su ahijado.

Juan Redon continuó muy despacio su camino hacia la Roca.

—¿Armas?—preguntó el marqués.—Habian cogido dos en casa del capitán Tonelié, sin avisarle por supuesto.

Este no se habia separado de su hija desde que habia exhalado el último suspiro.

Algunos momentos después los seis hombres estaban reunidos sobre la plataforma de la roca.

El baron Panel y el teniente de Kerdaniel, midieron las distancias y fijaron los puestos sacados á la suerte.

Por una casualidad en la cual nadie había pensado, á Juan Redon le tocó situarse en la parte de la roca cubierta de musgo, donde la condesa de Busey había caido mortalmente herida por los dos tiros que se había dado.

Hasta el momento preciso en que le indicaron su puesto, Juan Redon anduvo dando vueltas, examinando las inscripciones grabadas en los árboles en los días felices de su juventud y dirigiendo miradas al castillo de la Sobajere, que había recuperado á fuerza de trabajo y de perseverancia, admirando el aspecto tan pintoresco de aquel país, del cual no hubiera querido salir nunca.

Estaba tan ocupado con estos recuerdos, tan abismado en sus pensamientos, que el baron Panel tuvo que decirle con emocionada voz:

—Vamos. Ha llegado el momento.

Juan Redon cogió el arma que le pusieron entre los dedos, la examinó atentamente, se aseguró que los cartuchos estaban bien puestos, y una amarga sonrisa crispó sus labios, mientras que dirigía á su adversario una mirada de fiera.

Aquella arma era para él la venganza, la revancha que iba á tomarse de aquel hombre feliz y brillante que por un momento de capricho había destrozado su vida.

El baron Panel se extremeció al mirarle.

Le conocía.

Sabía la seguridad que había adquirido en la puntería en los veinte años de una existencia de salvaje, en que sin cesar tenían tanto el uno como el otro las armas en la mano.

¡Cuántas veces le había visto cortar en dos pedazos á aquella misma distancia de veinte pasos, serpientes enormes que se erguían delante de él para impedirle el paso!

¡Cuanta destreza!

La silueta y tranquila de Raimundo de Bordes, al cual nada asustaba, se erguía en plena luz.

Era un blanco vivo que el marqués no trataba de sustraer.

Con los brazos cruzados, con la pistola en la mano derecha esperó el tiro de aquel marido, que en efecto había ultrajado hacía tanto tiempo.

No hubiera podido notarse en su sonriente rostro la menor huella de emoción ó de temor.

Se veia en él al verdadero gentilhombre que no tiembla ante el verdadero peligro.

Sus padrinos estaban de seguro mucho más turbados que él.

Juan Redon extendió el brazo y apuntó con gran lentitud.

Su sonrisa se hizo más cuel.

Pero no disparó.

De repente bajó los ojos, pareció examinar en el suelo algo que no había visto aún y cuyo aspecto le hizo extremecer de horror.

Aquel movimiento fué tan extraño, que hasta el mismo baron Panel dejó de mirar la pistola que tenía en la mano.

Y entonces vió sobre la roca y medio oculta por el musgo, una mancha roja de sangre.

Era la sangre de la muerta.

Allí se había caido para morir. Allí había corrido aquella sangre de las dos heridas mortales que se había hecho.

Juan Redon la examinó largo rato.

Su adversario seguía esperando impasible y con los brazos cruzados.

Vió por fin erguirse al marido de Teresa, pero su brazo permanecía tendido á lo largo de su cuerpo.

Esperó á su vez, y chocándole la tranquila actitud del marqués, le gritó lleno de cólera:

—¿Qué haceis que no tirais?

Y al ver que el señor de Bordes no hacía ningún movimiento, Juan Redon levantó bruscamente su arma, y con un movimiento tan rápido como el rayo, hizo fuego.

Pero con gran extrañeza de todos, cayó en seguida sobre la piedra y permaneció tendido en el mismo lugar donde Teresa se había dado la muerte.

El desgraciado se había destrozado el cráneo.

Y la sangre de los dos esposos cuyos nombres Juan y Teresa estaban inscritos en todos los árboles de las cercanías, se confundieron en una mancha rojiza ante los asustados ojos de los testigos.

XXII

El entierro.

Desde por la mañana, las campanas de la iglesia de Souvilly tocaban á muerto.

Aquellas mismas campanas que habían sonado alegremente para festejar la unión de Teresa y de Juan Redon, anunciaban en aquellos momentos un trágico fin.

Los habitantas de las cercaníais se dirigían hacia la puerta de la iglesia.

Llegaban de todas partes, á pié á caballo y en coche, ricos y pobres, y en las conversaciones que se entablaban no se trataba de otra cosa más que de las desgracia de aquellos vecinos.

—¿A quién iría á parar la enorme herencia del conde de Busey?

Los guardas se preguntaban:

—¿Quién será nuestro amo?

Y todos los empleados de Busey miraban el porvenir con inquietud.

No habia más que un personaje que estuviese bien enterado.

Era el señor Bochenne, el notario de Chateau-Chinon.

También él estaba presente, entristecido lo mismo que los demás por el drama de la Roca maldita, y sin embargo estaba interesante con la gravedad satisfecha del hombre que sabe mucho y que en la ceremonia va á desempeñar un papel de gran importancia.

El señor Bochenne era un honrado y digno

notario, pero estaba muy orgulloso de su profesion, y un acto de la importancia de aquél halaga siempre la vanidad de un funcionario.

¡Y qué importancia tan grande debia tener la lectura del testamento de la condesa de Busey!

Entre la multitud todo el mundo se preguntaba cómo habian podido ocurrir tantas desgracias.

Sobre este punto las opiniones eran muy confusas.

Nadie se habia enterado de la tentativa de duelo del marqués con Juan Redon.

Los testigos guardaron el mayor silencio, sobre todo de cuanto habia ocurrido.

La iglesia no recibe el cuerpo de los suicidas pero el cura se habia mostrado tan discreto como los testigos.

Ellos no hablaron.

El tampoco preguntó.

Además, ¿quién no se sentia conmovido ante una catástrofe semejante, de la cual resultaban sin vida dos seres en la plenitud de su edad?

El excelente sacerdote, un respetabilísimo anciano, no habia andado con reflexiones, se habia compadecido de las víctimas y como el último de sus feligreses, rezaba por los muertos.

¿No era esto lo mejor que se podia hacer?

Los dos ataudes estaban colocados sobre un paño negro, con lágrimas de plata, en el mismo sitio donde Juan Redon y Teresa Tonelié se habían unido para siempre.

La desgracia les habia separado.

La muerte los volvía á unir para siempre bajo la bóveda de la pobre iglesia.

Cerca de aquellos ataudes dos jóvenes vestidas de luto lloraban, derramando torrentes de lágrimas.

Cuando en el dintel de la puerta de la iglesia de Louvilly los dos ataudes se separaron y la tierra del cementerio de la aldea cayó sobre las tablas del que encerraba al padre con ese ruido horrible que es tan doloroso como el último adios dirigido á las personas que no se han de volver á ver, las dos jóvenes se abrazaron exclamando en un arranque de ternura indestructible:

—¡Juana!

—¡Raimunda!

Y creyeron oir aun la recomendación supreprema de sus queridos muertos:

—¡Quereos!

Cumpliendo la voluntad de Teresa, su cadáver fué conducido al cementerio de Busey y enterrado al lado del hombre que la habia tomado por esposa cuando todo el mundo la abandonaba, protegiéndola con su afecto y con una dicha que no debia conocer nubes.

Las dos hermanas permanecieron largo rato de rodillas sobre la tumba que encerraba los restos de aquella madre que las habia querido más que á nadie, y cuyo cariño habia sido la causa de su muerte.

Fué preciso que el barón Panel y Pedro de Kerdaniel las arrancasen de aquel lugar, de donde no querian separarse, para acompañarlas al castillo de Busey, donde eran esperadas.

Allí encontraron al señor Bochene, instalado

en el gran salón, en compañía del marqués de Bordes.

El barón Panel y el teniente se vieron forzados á asistir á aquella solemne entrevista, sobre la cual parecia flotar como una sombra protectora la antigua dueña de aquella morada de príncipes.

El notario comenzó diciendo con voz poco segura; pero que después se fué haciendo firme, lo que sigue:

—Señoritas, es un deber ineludible en mí que os haga conocer cuál es la voluntad de vuestra señora madre la condesa de Busey, que está claramente expresada en su testamento.

Me lo entregó el día antes de morir, y es inatacable en la forma y en el fondo.

Este testamento no contiene más que la voluntad del señor conde de Busey, voluntad que vuestra señora madre ha respetado escrupulosamente.

Ha hecho dos partes casi iguales de la fortuna que en toda propiedad le pertenecía en virtud del donativo hecho por su esposo.

Una de estas partes va á parar á los pobres y á los establecimientos benéficos de París y de las ciudades cerca de las cuales vuestra señora madre tenia posesiones.

Estos donativos importan en inmuebles y dinero la importante cantidad de diez millones.

La otra parte, que es superior á la primera en un par de millones, os pertenece por partes iguales.

El reparto está hecho de antemano.

El castillo y las posesiones de Busey, el hotel de París y todo cuanto contienen, cuatro casas en el faubourg de Saint Honoré y una suma de dos millones quinientos mil francos en valores, son otorgados á la señorita Raimunda.

En el caso que no hubiese parecido en diez años, esta fortuna iria á parar á su hermana Juana.

—El resto de la fortuna de la señora condesa de Busey os pertenece, señorita.

El notario, al pronunciar esta frase, se inclinó delante de la mayor de las huérfanas.

Por fin terminó diciendo:

—Al señor marqués de Bordes se le nombra ejecutor testamentario.

Habia terminado.

El notario iba á levantarse. Guardaba en su cartera todos los papeles, que por pura fórmula habia sacado, cuando reclamó un último momento de atención.

—Creo de mi deber informaros que la valoración de los bienes de la condesa de Busey han sido tasados muy bajos, y que en esencia valen el doble.

Esta declaración la acompañó con una sonrisa destinada á fascinar á su auditorio,

No produjo el efecto que esperaba.

La fortuna no puede ser indiferente á nadie; pero el dolor de las dos jóvenes era de esos que no se curan con dinero.

Cuando salieron del salon donde el señor Bochene acababade notificarlas que serían diez veces millonarias, no se acordaban más que de lo siguiente:

Que estaban bajo el golpe de un desastre cruel y no tenían para sostenerlas más que el afecto de aquellos que las rodeaban y que la fuerza de los acontecimientos había reunido.

Desde una ventana del castillo Juana vió al baron Panel, que parecia buscar la soledad y se internaba en una calle formada por antiquísimos y copudos árboles.

Se dirigió en su busca, y colocándose delante de él, le preguntó:

—¿Dónde ibais?

—Os esperaba.

—¿Vos?... Debierais decir que huiais de mí. Y, sin embargo, sabéis lo desgraciada que soy...

Entonces el baron cogió á la joven del brazo y dieron unos pasos en silencio.

—Sí, os han ocurrido desgracias terribles; pero vos no podiais impedirlas, puesto que no las sospechabais siquiera.

—¡Estoy sola en el mundo!

El baron suspiró.

—Os quedo yo, Juana, y podéis estar segura de que no os abandonaré...

—¿Me querréis?

—¿Acaso no os querido siempre?—dijo.

Hubo un momento de silencio.

De repente, la joven preguntó:

—Pues bien, querido barón; si me queréis, no debíais separaros de mí. ¿Qué sería de mí si me quedase sola sin un amigo?

—Tenéis á vuestro abuelo.

—Apenas me conoce... Y además siento grandes inquietudes por él. ¡No habéis notado lo mucho que le han impresionado estos sucesos! Ha sido preciso llevarlo á su casa, por haberse puesto enfermo en medio de la ceremonia de Sauvilly... Casi puedo asegurar que no me queda nadie... ¡Y pensar que tantas desgracias han ocurrido en tan poco tiempo! No, es preciso que no os alejeis... Os lo suplico... ¡Si os marchais, quién sabe si no me moriré también?

El barón trató de consolarla, hablándola como lo hacía cuando era pequeñita.

—No digáis tonterías, querida mía,—la replicó.—Me causais mucha pena. No, no moriréis. Sois muy joven... Tenéis salud, juventud y riquezas... Es preciso razonar. Yo soy viejo, pero no lo suficiente para constituirme como guardian de una mujer de vuestra edad... Si estuviésemos en América nadie vería esos inconvenientes, pero en Francia las costumbres son muy diferentes... Es preciso no desanimaros... No estais sola; os queda, además vuestra hermana.

—No se quedará aquí, y yo no podré ir donde ella vaya...

El barón Panel se quedó convencido ante semejante razonamiento.

Esta era la situación, expuesta en muy pocas palabras.

Reflexionó un momento y dijo:

—Bueno; pues os llevaremos allá á Normandía, y la señora de Breville os pondrá bajo su tutela.

La joven movió la cabeza.

—¡Y el abuelito se quedaria abandonado. No; eso es imposible.

La joven apoyó la mano en el hombro del barón Panel.

—¿Por qué temblais de ese modo?—preguntó.—¡Estáis tan emocionado como yo! ¿No será acaso porque os cuesta tanta pena abandonar á vuestra pobre Juana en semejantes circunstancias como á ella le cuesta separarse de vos?

—Pero...

Juana insistió.

—¿No es acaso porque desde que habéis vuelto á Francia, y á pesar de algunas amistades nuevas, os encontrais tan solo como yo me encuentro en medio de mi orfandad?

—Os aseguro, Juana...

—Si quisierais decirme la verdad, me daríais la razón... No en balde hemos vivido tanto tiempo juntos; tenemos que querernos y conocernos. Yo quizás os amo más que vos á mí, puesto que os lo digo, mientras que vos os lo callais por orgullo... Hay un medio para no separarnos, mi querido barón...

—¿Un medio?

—Sí.

—¿Cuál es?

La joven le miró con sus hermosos y negros ojos, tan parecidos á los de su madre, y dijo:

—Casándonos.

—¡Yo! ¡Juana, por Dios! ¿Pensais en lo que decís?

—Sí; hace mucho tiempo que pienso en ello. Esperaba vuestra petición; pero puesto que no hablais, yo debo deciros: Amigo mío, ¿quereis casaros con la Juanita que habéis educado, protegido, formado y defendido? ¿Quereis hacer de ella vuestra esposa? Si os negais á lo que os pido, no me casaré nunca... para no causaros una pena inmensa... .

Y llorando, se precipitó en sus brazos, y ocultando el rostro en el hombro del pobre barón, siguió sollozando hasta el momento en que la dijo al oido con voz más temblona:

—¡Pues bien, sí! ¡Te amo, querida mía, más que á mi vida, y no amaré nunca á nadie más que á tí!

—Pero no me lo hubieseis dicho nunca.

El baron dijo en voz baja, al mismo tiempo que cerraba los ojos:

—Es cierto... ¡Nunca!

A algunos pasos de allí, sentados en un banco de mármol, Raimunda y el barón de Kerdaniel miraban tristemente la Roca Sangrienta, que se elevaba sobre el llano, dominándolo.

Un poco más lejos, el marqués de Bordes conferenciaba con el notario.

En una de las ventanas del castillo, Rubol, que no habia podido volver de su terror, hablaba con la doncella de la condesa.

Luisa estaba vestida de luto.

La muerte de su ama la hacía rica, pero estaba desconsolada.

Teresa habia legado á todos sus servidores rentas suficientes para ponerles al abrigo de la miseria. Pero á su favorita la habia dado seis mil francos de renta y una posesion que se hallaba situada muy cerca de Busey.

La excelente muchacha hubiese sacrificado con gusto el donativo por haber podido dar la vida á su ama.

—¡Si supieseis cuán buena era!—decía Rubol.

—Entonces, ¿á qué han venido todas estas desgracias?

—La fatalidad lo ha querido—hubiesen contestado los antiguos.

—¿Qué vais á hacer ahora, mi querido Pedro?—preguntó Raimunda al teniente.

—No lo sé.

—¿Volver á París?

—Indudablemente.

—¿Y yo?

Lo mismo que su hermana, suspiró.

—No podéis saber lo desgraciada que soy cuando me pongo á pensar en que si me hubiesen encontrado un día antes habria pedido salvarla.

A su mente acudió un recuerdo y dijo:

—La ha ocurrido lo que á vuestra madre, Pedro, el día en que llegó á su conocimiento la fatal nueva.

—¡Ay!

El teniente estaba distraido.

Evidentemente tenía en la imaginacion algo que le mortificaba.

—¿En qué pensáis?—le pregnntó la joven.

—Pienso, en que es preciso que os diga muy pronto adiós.

—Por qué nos hemos de separar, querido amigo?

—¡Porque sois muy rica y yo soy muy pobre!

—Y es esa la causa?

—Es para mí la principal.

La joven se levantó poniéndose en frente de Kerdaniel, dijo:

—Pedro, por lo visto; queréis hacerme sufrir aun más. Por lo visto, creéis que no tengo bastante aún.

Kerdaniel sacó la preciosa carta que la joven le habia escrito y en la cual le daba el consentimiento, y dijo:

—¡Tomad, sois libre!

La joven la rechazó diciendo al mismo tiempo que se sonreía tristemente:

—¿No me amais ya? ¡Queréis verme llorar más! ¡Virgen!

Le tendió las manos, añadiendo:

—Pedro, tenéis un corazon demasiado bueno para que un cambio de fortuna pueda turbaros y emocionaros. Seré siempre para vos la Susanita de Landeron. Si seguís amándome, poned vuestras manos en las mías. Trataremos de hacer el bien y de ser felices á nuestra vez. Si no me amais, devolvedme mi carta y me causaréis una pena inmensa. Susana se hubiese sentido orgullosa al haber podido llamarse como vuestra excelente madre, la baronesa de Kerdaniel. Raimunda cumplirá la promesa hecha por Susana, y tanto la una como la otra os querrán como os merecéis. ¿Qué decidís?

El teniente se dejó caer á sus piés y cogiéndola las manos se las cubrió de besos.

XXIII

Tras del fin.

No nos queda más que explicar lo que debia ocurrir después del doble suicidio de Juan Redon y de Teresa Tonelie.

Este drama no hizo mucho ruido.